



Jann-Marc Rouillan
De memoria (III)
 La breve etapa de los GARI: Toulouse, 1974

Virus editorial



Le télégramme est identifié à l'aide des indications portées, dans l'ordre ci-dessous, avant le texte du télégramme. L'heure de dépôt est indiquée par un nombre de quatre chiffres.

ORIGINE	NUMERO	NOMBRE de mots	DATE de dépôt	HEURE de dépôt	MENTIONS DE SERVICE
G.A.R.I.	2144	21	Mai 74		

Timbre à date

FIN DE L'ULTIMATUM AU POUVOIR FRANQUISTE - STOP - INTERVENTIONS VIOLENTES
 DES G.A.R.I. SUR LES MANIFESTATIONS ESPAGNOLES - STOP - NON-DEMANTELEMENT
 DES G.A.R.I. - STOP - LA LUTTE CONTINUE - STOP - LE G.A.R.I. NON-DEMANTELE

DESTINATAIRE : GOUVERNEMENT ESPAGNOL

• Pour toute réclamation concernant ce télégramme, présenter cette formule au bureau distributeur
 VOIR AU VERSO la signification des principales indications qui peuvent éventuellement figurer en tête de l'adresse.

N° 701
 2 111 1 113

REPUBLIQUE FRANÇAISE
 POSTES ET TÉLÉCOMMUNICATIONS

TÉLÉGRAMME

L'Etat s'est réservé le droit de communication n° 43-373, relative au service des Télécommunications (Gazette)

Título original

De mémoire (3)
La courte saison des GARI: Toulouse 1974

Traducción del francés: Dídac P. Lagarriga

© Agone, 2011

© 2015 de la presente edición, Virus editorial

Maquetación: Virus editorial

Diseño e ilustración de cubierta: Pilar Sánchez Molina

Primera edición en castellano: marzo 2015

ISBN-13: 978-84-92559-60-2

Depósito legal: B-1577-2015



www.viruseditorial.net

www.viruslibreria.net

Lallevir SL / Virus Editorial
C/ Junta de Comerç, 18 baixos
08001 Barcelona
Tel./fax: 93 441 38 14
virus@pangea.org

Impreso en:
Imprenta Luna
Moll de la Mercè, 3, 2n esq.
48003 Bilbao
Tel.: 944 167 518
Fax.: 944 153 298
luna@imprentaluna.es

Índice

I Los reencuentros	9
II El relevo	25
III <i>Los compañeros</i>	51
IV La cárcel del pueblo	79
V El permiso de salida	103
VI Lejos de Toulouse	125
VII Mirail	157
VIII «Me gustan los GARI y las salchichas»	184
IX El Tribunal de Seguridad del Estado	209
X Adiós, ibéricos	239
Cronología de acciones de los GARI	259
Glosario	265

Edición francesa preparada por Michel Caietti,
Natacha Cauvin, Thierry Discepolo, Gilles Le Beuze
y Raphaël Monnard.

Sobre la presente edición

Al final del libro se incluye un glosario con algunas de las organizaciones y personajes históricos citados (indicados en el texto con un asterisco en su primera mención).

En el original francés, las intervenciones de los exiliados españoles en Francia reproducen los giros y las formas de pronunciación de quienes hablan el idioma con un fuerte acento español («Nous *abons* tous le même bout»).

Del mismo modo, los protagonistas introducen palabras o expresiones en castellano a lo largo de todo el texto y también, aunque en menor medida, utilizan el catalán y el occitano. En la presente edición, hemos marcado estas palabras o frases en cursiva.

Cuando es realmente viva, la memoria no contempla la historia, pero incita a realizarla...

Es contradictoria, como nosotros. Nunca descansa. Cambia con nosotros. A medida que pasan los años, y que vamos cambiando, el recuerdo de lo que hemos vivido, visto y escuchado también cambia. Y, con frecuencia, llegamos a colocar en la memoria aquello que desearíamos encontrar, igual que hace la policía en sus registros. La nostalgia, por ejemplo, tan jugosa, que prodiga con tanta suavidad el calor de su abrigo, es, también, engañosa. ¿Acaso no preferimos, muchas veces, el pasado que inventamos al presente que nos desafía y al futuro que nos atemoriza?

La memoria viva no ha nacido para ser ancla, sino que tiene vocación de catapulta. No quiere ser remanso de llegada, sino puerto de partida.

No reniega de la nostalgia, pero prefiere la esperanza, sus peligros, sus intemperies...

Eduardo Galeano, «Memorias y desmemorias», 1997

Cada cual, en su propia persona, lleva la historia. No la historia de sí mismo. Ésa —la biográfica— no la necesitamos. Hablo de la gran historia, la de los hombres y mujeres que se juntan y se separan en la sociedad, y en esa autoconciencia de la sociedad que hasta ahora ha sido la política.

Mario Tronti, *La politique au crépuscule*

En el primer volumen de *De memoria* (2007), el autor define a los GARI (Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista) como una «organización política fundada en diciembre de 1973, en la época de los consejos de guerra de Barcelona contra Salvador Puig Antich y otros miembros del MIL, desmantelado por la policía dos meses más tarde. Los militantes que habían logrado salir de Cataluña fundaron una coordinación integrada, básicamente, por grupos de lucha de los años sesenta y de jóvenes franceses y españoles anarcosindicalistas, autónomos o libertarios. Muy activa durante 1974, la coordinación desapareció tras una treintena de detenciones en Francia, España y en el resto de Europa».

El primer borrador de este texto fue escrito entre enero y octubre de 2010. En aquel momento, el autor estaba preso en el centro penitenciario de Muret (Toulouse). Finalizó este libro entre la primavera y el verano de 2011 en Marsella, en el marco de un régimen de internamiento bajo vigilancia electrónica, en ediciones Agone, donde trabaja el autor.

Este texto se ha visto beneficiado por las convenientes relecturas que efectuaron Alain y Michel, a los que también agradecemos la documentación proporcionada (fotos, carteles y documentos reproducidos en el libro).

I Los reencuentros

No he dormido. Aprovecho el viaje entre dos cárceles para llenarme de imágenes, colores y rostros. Me reencuentro con el país de mi juventud. Regreso a Toulouse. O, más bien, a su periferia. Voy en dirección a la vieja cárcel central de Muret, que ya estaba abierta en 1974. Con frecuencia, durante mis salidas furtivas de la ciudad, tomábamos la carretera de Seysses para evitar los controles y el cordón policial que había en el cruce de Fer-à-Cheval o en Croix-de-Pierre y, más adelante, a la altura de la ONIA,* en la carretera a España. Bordeábamos la base de aviación de Franczal para perdernos en las estrechas regionales que cruzan la montaña entre Save y Garona. El largo muro gris de la cárcel en medio de los campos no nos asustaba.

En el Ford Focus, dos carceleros dormitan. Y otro llama a su mujer cada media hora. «¿Qué haces? ¿Dónde estás? Llegaré para comer...» El conductor sube el volumen de la radio cuando suena un viejo tema de los Beatles: «*Come together, right now... over me...*». Desde el principio del viaje, un simple par de esposas me ata las muñecas. Ni cadenas ni grilletes. Ni escolta policial. Después de veinticinco años de talego, me llevan como a un ladrón de pollos.

Pasamos por el área de descanso de Lauragais. Aquí, los gendarmes abatieron a un compañero. ¿En qué año? No lo recuerdo. Le llamábamos «Dudu»

y había atracado un transporte de dinero en la calle Colombette. Fue herido durante el tiroteo y, después, capturado: ¡a nuestro Dudu le cayeron veinte años a la sombra! Luego, un permiso en Muret, una fuga... y la muerte, pocos días más tarde.

En otoño de 1973, la noche antes de su detención, salíamos de casa de Marie-Christine Ételin, entonces abogada en prácticas. En su apartamento se celebraba una reunión del CAP.* Yo estaba en la clandestinidad, volvía de Barcelona, y él, con chaqueta clara, ignoraba que vivía sus últimas horas en libertad.

—Necesito verte, ven, vamos a tomar un café.

Tiró de mi manga hasta que llegamos a la esquina de la plaza Arnaud-Bernard. Apenas nos sentamos en la terraza cubierta, se inclinó y me habló en voz baja: «Estoy a punto de dar un golpe y hay un pastón. Quiero que sepas que una parte será para ti. Yo y mi colega estamos de acuerdo, queremos financiar el movimiento».

Ahora, cada detalle del paisaje me recuerda una vieja historia. El molino que se vislumbra allá en lo alto pertenece al maestro de primaria de Launaguet. Al otro lado de la autopista, el largo muro de ladrillos rojos en la carretera de Ayguesvives, me trae a la memoria una noche de fiesta. Y en el patio trasero, habíamos aparcado coches camuflados. Algo más lejos, en el puente que cruza el canal de Midi, cerca de Baziège, una noche de invierno a principios de 1973, un Fiat Coupé nos dejó en la estacada. ¿Un problema de la correa del ventilador? ¿Tal vez el alternador? Salvador conducía. Y Aurore. ¿Quizá un tercer camarada del MIL* —Cricri—? Volvíamos de pasar el día en una comunidad de Larzac que debía servirnos de base de entreno y refugio. Los izquierdistas parisinos, medio anarcos, medio maofistas, se habían instalado en un pueblo abandonado cerca del circo de Navacelles.

Un vistazo a las colinas y la avalancha de recuerdos me lleva más lejos. A la isla de Ramier, con el grito de dolor de un camarada herido, arrimado a la barandilla metálica de un puente en la vía del tren. La policía nos había perseguido por la carretera de España desde que salimos del aparcamiento de una tienda de muebles. Era invierno y llovía. Anochecía. Quizá un poco antes que los días anteriores. La carretera nacional parecía recubierta de tinta china. El

camarada alargaba el cuello para prever el trayecto ideal de nuestro *slalom* en mitad de la circulación. Yo frotaba el parabrisas, aunque el vaho volvía a cubrirlo enseguida. «¡Abre tu ventana, abre tu ventana...!» El motor del Citroën rugía. Acelerábamos. El séquito policial todavía se encontraba lejos. Yo agarraba un trapo con la mano izquierda y un viejo revólver con la derecha. Una pistola vasca de la Guerra Civil. Un *ocho milímetros largo*.

—Gira a la derecha, a la derecha...

Estaba seguro de mi decisión, pero el brusco giro de volante me tiró contra el hombro del conductor. Refunfuña.

—¡Cuidado, joder, nos vamos a quedar clavados!

El camino de Loge era estrecho y estaba despejado. La idea era atravesarlo a toda velocidad para lograr cruzar los dos puentes del Garona y alcanzar la ciudad de Empalot para aparcar en casa de Cathy o del Ariégeois.

Bastaron cuatro palabras para ponernos de acuerdo. Nada más que añadir, aturdidos por tanta velocidad y ruido.

El Citroën corría a toda pastilla entre los rastrojos. Los campos infinitos rodeaban la ONIA y las oxidadas alambradas del polvorín. El viento helado se arremolinaba. En una curva de pendiente suave, un bandazo. El 3 caballos dio una vuelta de campana.

Recobré la conciencia tirado al borde de un prado, en un charco fangoso. La intensa lluvia me golpeaba el rostro. Mi mano derecha todavía agarraba la pistola. Levanté la cara. ¿Dónde diablos estaba el coche? La idea de que pudiera haber desaparecido en el río logró levantarme. Tambaleándome, corrí hacia la orilla. En ese lugar, el pequeño brazo del Garona es estrecho y las orillas están bordeadas por tupidos bosquesillos. El séquito policial nos había sobrepasado y cruzaba el primer puente a toda velocidad. Seguí su recorrido con la mirada. Se apresuraban a cruzar el segundo brazo del río. En su deriva, nuestro Citroën había atravesado los setos y nos habían perdido la pista. Un segundo grupo pasó igual de rápido que el anterior. Las luces azul eléctrico penetraban los matorrales. Una última sirena resonó hasta que regresó la calma.

Mi camarada lanzó una llamada de socorro que me guió en la oscuridad. En el fondo de una cuneta, descubrí el coche con las ruedas para arriba. Me metí a cuatro patas por el capó hundido. Él estaba allí, medio anegado. Le hablé pegado a su cara mientras lo agarraba por la espalda.

—¡Eh, eh, responde! ¿Estás consciente?

—Sí, sí, lo estoy... Pero, ¿dónde estamos?

No sé por qué, descargué mis nervios sobre él.

—¿No ves que estamos junto al mar y que estoy buscando las toallas de la playa?

—¿En la playa? ¿Y qué coño hacemos en la playa?

Su voz tenía un tono extraño. Intentó moverse, pero se retorció de dolor y volvió a gemir.

—¿Dónde te duele?

—En la pierna... Joder, Sebas, me duele.

Como si el dolor acabara de devolverlo a la realidad, gritó apretando la mandíbula:

—¡La pasma! ¿Dónde está?

—Han pasado de largo, pero no tardarán en dar media vuelta... ¡Muévete, venga!

Reptó hacia delante, pero cuando intentó levantarse no lo consiguió y, con ambos brazos, se colgó de mí.

—¿Está rota?

—¡Claro que no!

—¡Quita las matrículas!

No había necesidad de dar explicaciones, los coches eran su especialidad y, si creía indispensable esta precaución, debíamos hacerlo.

Volví a bajar por el hueco para arrancar las matrículas.

En mi interior, empezaron las cavilaciones. Teníamos que alcanzar la vía del tren cuanto antes. A pie volveríamos a estar de igual a igual con nuestros perseguidores. Una vez cruzado el puente, nos perderíamos por la isla de Ramier. Desde hacía años, tomaba los senderos que bordeaban el río para el calentamiento antes de los partidos de los jueves por la tarde. Si la pasma bloqueaba los puentes, nos esconderíamos en la ciudad universitaria. Un tío, que había conocido al final de una mani agitada, me había dado la idea. Cerca de los contadores eléctricos, los maoístas escondían un juego de llaves que abría una serie de locales técnicos. Allí guardaban el material: pancartas, barras de hierro, mangos de picos, una retahíla de botellas de ácido clorhídrico y otros productos químicos.

Alcanzamos el balasto de la vía en un momento. Pero, delante del terraplén, mi compañero me detuvo.

—Déjame, Sebas, no puedo más. Nos van a pillar, uno solo es mejor que dos.

Quizá en las películas sea así, pero en la realidad es diferente. Y en la lucha revolucionaria, te escapas con tus compañeros. O, al menos, lo intentas.

Intenté cargármelo a la espalda. La lluvia volvía resbaladiza la madera de las vías. Tenía la idea de que aquel puente no medía más de treinta metros, pero en ese momento me pareció interminable.

—Para, Sebas, descansa. Descansa...

En cada traviesa me tambaleaba. Una pausa. Al levantar la vista, vi a lo lejos un tren que venía hacia nosotros. Pasada la estación de Saint-Agne, los faros de la locomotora eléctrica iluminaban los árboles. Con cuidado, me acerqué al borde, donde nos apoyamos contra el metal oxidado. Las viguetas se perdían en la noche que se cerraba por encima de nuestras cabezas y oscuros torbellinos agitaban el río bajo nuestros pies. Esperábamos el tren agazapados en la barandilla. Repasé, maquinalmente, los horarios de la SNCF.¹

—Es demasiado pronto para el exprés de Bayona... o quizá sea el primero de la noche, el de las 21.38.

—¿Qué desvarías?

—Cuando pase, grita fuerte. Eso calmará tu dolor.

El puente vibraba. Me hizo recordar el ritmo de un viejo *boogie*. Gritó. Los viajeros todavía se apiñaban en los pasillos. El tren había salido de la estación de Matabiau apenas cinco minutos antes. Las luces me deslumbraban. Me pareció haber cruzado alguna mirada. ¿Me habrían visto? ¿Eran conscientes de nuestro drama?

El último vagón ya se alejaba. El faro rojo desapareció tragado por la humareda de azufre que emanaban las torres de la ONIA. Él ya no gritaba. Se irguió un momento y luego se sacudió.

—Buena idea, Sebas, me duele menos. Gritar me ha ido bien.

—Sí, pero me has perforado los tímpanos.

Me froté con fuerza la oreja. Estallamos de risa.

¹ SNCF: Société Nationale des Chemins de Fer, la empresa estatal francesa de ferrocarriles. (N. del T.)

Sin embargo, no teníamos motivos para reírnos. Estábamos empapados y helados. Cubiertos de barro cual cavadores de zanjas. Y él arrastraba una pierna ensangrentada. Aun así, bromeábamos.

La risa tonta nos cortó la respiración. No conseguíamos poner de nuevo su cuerpo sobre mi espalda. Tras varios intentos, nos sentamos agotados en el raíl. Con las piernas estiradas, él apoyaba su espalda contra mis rodillas. Y, congelados, nos reímos de cualquier cosa. Una sirena cruzó lentamente el puente de la autopista y todavía nos reímos más.

—Creo que está abierta.

—¿El qué?

—¡Joder! Mi fractura.

—Bueno, ya encontraremos a alguien que te la cierre.

Y de nuevo la risa tonta. Yo lloraba y creo que él también, en una mezcla de dolor y carcajada.

En esa época, todas nuestras historias tolosanas terminaban con risas. De eso hace mucho. Fue antes de los dramas, los muertos, las cárceles, las rupturas y las renunciadas. Algunos ya lo han olvidado. Yo nunca he sabido hacerlo. Es como si todas mis aventuras pasadas me guiaran en mis elecciones.

De todos modos, esta vez no tengo mucho margen de decisión. Son ellos quienes me obligan a regresar. A Toulouse, a una celda. Hace siglos que la ciudad me ha sido prohibida. El año pasado, durante mi libertad condicional acortada, el juez puso como excusa un tránsito de tres cuartos de hora en la estación de Matabiau para rechazar el permiso de viajar hasta casa de mi madre en Auch. ¡Imaginad, pues, Rouillan en Toulouse! ¿Aunque sea unos minutos? Al fiscal le entraron escalofríos. Nuestros adversarios no son demasiado materialistas: ¿creerán acaso en alguna alquimia diabólica? ¿El aire del ambiente, el rojo de los ladrillos y «el agua verde del canal de Midi» mezclándose con mi personalidad en un fulminante cóctel que me transforme? Tan pronto como aterrice en la calle Bayard, gritaré: «¡La dinamita, rápido!».

El carcelero que está junto a mí ha llamado a su mujer. «¿Hace buen tiempo en Marsella...? Aquí también...» A lo lejos, distingo los inmuebles de Empalot y el puente de Saint-Michel. Casi treinta años sin volver por aquí. En el

borde de la carretera, los paneles indicadores me cantan en un idioma antiguo. Y este pasado me estremece. Pechbusque. La Mounède. Vigoulet-Auzil. Lacroix-Falgarde. Cugnaux. Pinsaguel... ¡Ah, Pinsaguel! Mi juventud se sintió acunada por el nombre de este pueblo. Todavía era un pueblo antes de convertirse en un barrio-dormitorio entre Garona y Ariège. En los pasillos del instituto Nord, para reírnos de cualquiera, siempre había alguien dispuesto a espetar: «¡Seguro que aterrizas de Pinsaguel!». Lo esencial era pronunciar bien el «*in*» —sobre todo no con acento francés, aunque así también funcionaba—. El burlón ponía boquita de piñón y vacilaba con tono agudo:

—El señor ha llegado en el tren de París a la estación de Pinsaguel.

Y, en medio de nuestras risas, el desafortunado precisaba:

—No, a la estación de Matabiau. ¿Por qué...?

Al llegar a la prisión (venida a menos como «centro de detención regional»), un oficial me recibe en su despacho. Primera audiencia de recién llegado. Como me propone registrar ahora mismo los números de teléfono, en el ordenador que gestiona nuestras llamadas, añadido a la lista habitual a Ratapignade, mi viejo cómplice de luchas estudiantiles y «postsesentayochistas».

Michel (al que llamábamos «Murciélagos», *Ratapinhada* en occitano) tiene un apellido de origen italiano. «Siciliano», precisaba él con énfasis cuando se lo comentábamos. «En francés, significa ‘camellero’.»

No sacaba tanto pecho en la entrada de Imperia, en agosto de 1974, cuando los *carabinieri* nos bloquearon en una pequeña carretera de montaña. Uno de los militares nos apuntaba con su metralleta a cincuenta centímetros de nuestros cráneos. El «mariscal» nos había pedido los papeles antes de escrutar nuestros rostros de aspecto sospechoso.

En la guantera llevábamos dos cargas explosivas, pequeñas bombas artesanales a base de goma 2, confeccionadas en compañía de Mario en un zulo cerca de la calle Chalets.

—¿Alguno de vosotros es italiano?

Como una sola voz, todos lo negamos. Con un gesto altivo, nos devolvió los carnés sin abrirlos y se dio media vuelta. Pero se lo volvió a pensar y regresó. Frente a la puerta del conductor, volvió a preguntar:

—¿Hay, entre vosotros, alguien de origen italiano?

Crucé una mirada con Ratapignade, que pronunció un silencioso «Nos han frito». Estaba preparado para lo peor. Negamos con la cabeza. El suboficial dudó antes de alejarse definitivamente.

—¿Y tú qué? ¿No presumes tanto de tus raíces sicilianas?

—Joder, no bromees con eso, han estado a punto de freírnos a tiros.

En los suburbios de Génova, todavía hoy se ríen de la anécdota.

Ratapignade es hijo de un gendarme. ¡De un sargento de brigada! Con el tiempo, aprendí a conocer a ese madero. Y estoy convencido de que era un buen tipo. En 1974 ya se había jubilado.

Un atardecer de febrero, un jueves (pocas horas antes de una reunión del Consejo de Ministros en Madrid), se temía que Arias Navarro (entonces presidente) anunciara la inminente ejecución de nuestro camarada Salvador Puig Antich. El mes anterior, el consejo de guerra de Barcelona lo había condenado a pena de muerte después de un juicio *sumarísimo*.² Costara lo que costara, debíamos ganar unas semanas para secuestrar a una o dos personalidades y lograr el intercambio. Sus vidas por las de Salvador. Un mensaje de Barcelona nos pedía realizar una acción contundente en apoyo a las amenazas enviadas al Gobierno. Para hacerlas más creíbles, dispararíamos contra un representante de la dictadura, pero sin alcanzarlo.

El cónsul de España vivía en la calle de los padres de Ratapignade. Y este último, desde que militaba en un grupo de apoyo al MIL, vigilaba las entradas y salidas de su vecino. En la improvisación total, habíamos dado con nuestro objetivo.

Algunos días antes, yo le había comprado un Peugeot 403 al zapatero, un viejo guerrillero anarquista y antiguo integrante de la columna Durruti.* El coche funcionaba, que era lo básico. En la mesa del salón, él mismo rellenó el contrato de compra-venta con un nombre falso, pero auténticamente ibérico.

² Procedimiento expeditivo de los consejos de guerra en la época de la dictadura franquista. En pocas semanas, cerraban los expedientes y, a veces, los abogados recibían la copia la noche antes de las audiencias. No fue hasta abril de 2007 que la ley sobre la Memoria histórica declaró ilegítimas las sentencias dictadas por estos tribunales especiales.

—Pongo el nombre de un viejo compañero asesinado, así todavía sigue presente en nuestras luchas.

Al atardecer, la calle urbanizada del barrio de Ranguetil estaba especialmente tranquila. Demasiado para una espera discreta. Aparcamos en la parte de abajo, en la esquina de la Nacional 113. Nuestras metralletas a los pies, disimuladas bajo viejos periódicos doblados. El conductor, Dimitri, acababa de llegar de Nanterre. Formaba parte de uno de los dos grupos anarcocomunistas que había salido del ORA* hacía escasos meses para unirse a la guerrilla. Era hijo de un rojo, ex combatiente del Ejército Popular, que había conocido los campos franceses del Rosellón y un campo alemán en Silesia.

(Me gusta explicar la historia de este nombre ruso. En 1945, los deportados políticos se sublevaron al llegar el Ejército Rojo y, como hombres libres, acogieron a los soldados. El padre preguntó al primero que cruzó la puerta del campo cómo se llamaba: «¡Dimitri!». «Pues así llamaré a mi primer hijo.» Y mantuvo su promesa. Éramos hijos de la historia —y de las historias... lejanas y próximas a la vez— de un siglo convulso.)

Ratapignade elaboraba su coartada tomando un café con su padre. Ambos charlaban en el salón.

Por encima de nuestras cabezas, estaba abierto el tejado abatible, un rectángulo de un metro por cuarenta centímetros, que entonces era exclusivo de los modelos Peugeot. La amenaza debía ser contundente. Pensaba disparar todo el cargador. ¡Treinta balas! Y, para evitar cualquier accidente, dispararía por encima del objetivo, con medio cuerpo fuera del coche, para que ninguna bala se perdiera por los jardines cercanos.

El pesado Taunus blanco del cónsul apareció en el cruce de la calle con el camino de Salade-Ponsan. Circulaba lento. Como habíamos previsto, iba solo. Uno de sus hijos, que poco antes estaba hablando con un vecino delante del garaje de la casa, había desaparecido. Cogí el arma y la coloqué sobre mis rodillas. Mi compañero arrancó el Peugeot y empezó a subir por la calle despacio. Nuestros vehículos estaban frente a frente. Él aparcó y, maletín en mano, bajó. Ya me había puesto en cuclillas. Apenas pasó por delante de su capó, me levanté. Mi dedo en el gatillo lanzó una larga ráfaga. El parabrisas estalló como en un episodio de la serie *Los intocables*. Después de agacharse

tras un murillo de cemento, el cónsul corrió en zigzag por su jardín. Como guinda, disparé todavía un poco más sobre las indefensas macetas.

En el salón, el ex brigada saltó del sillón.

—¡Un pistolero con una metralleta!

Ese viejo protagonista de ataques en las posesiones del imperio francés no había olvidado el sonido de las armas automáticas.

Ratapignade intentó encaminarlo hacia una pista falsa.

—No es nada, los niños lanzando petardos, eso es todo.

Veloz, el padre se dirigió a la entrada.

—¡No, no, Michel, es un pistolero con una metralleta!

Abrió la puerta con un gesto rápido. En ese momento, desde su sillón, Ratapignade vio pasar nuestro Peugeot a toda pastilla. De pie en la escalera de entrada a su casa, el ex brigada escrutaba los alrededores, que regresaban a la calma mientras su hijo se metía en el baño para no reírse delante de él.

Tras las torturas que su hijo sufriera en la comisaría central, el ex gendarme entró en un período de dudas. Dos días después de la detención de Michel (a mediados de septiembre de 1974), padre y madre se acercaron a las murallas de Saint-Étienne para llevarle una bolsa con ropa. Algunas horas más tarde, Michel sería transportado a los locales del Tribunal de Seguridad del Estado, en el fuerte de Saint-Denis. Los camaradas encarcelados en Toulouse eran sistemáticamente apaleados, humillados y torturados. Algunos fueron víctimas de asfixia con la cabeza metida en una bolsa. A otros se les quedaron las plantas de los pies en carne viva por los golpes recibidos con reglas metálicas. Obviamente, todo esto nunca existiría de forma oficial. Estas prácticas quedaban reservadas para España y Portugal, los países fascistas, y no se daban en la patria de los derechos humanos. ¡Ya nos conocíamos su cantinela! Sin embargo, aquella noche no hizo falta contarle la historia a su padre, que formaba parte del otro bando. Tras tensas discusiones, ambos pudieron verle cinco minutos en un pasillo, esposado, con el rostro inflamado y la camiseta rasgada.

A partir de entonces, el ex brigada guardó nuestros archivos en el desván de su casa de Ranguetil. Y, en la pared del baño, colgó un cuadro donde estaban expuestas sus medallas de ex combatiente y policía. Así, los invitados

meaban contemplando la cruz del Mérito de la Gendarmería o la medalla conmemorativa de la Pacificación de Madagascar. Escrita a mano, una etiqueta escolar anunciaba: «Itinerario de un imbécil».

La primera vez que hablé con Ratapignade había sido unos años antes, en el otoño de 1970. Lógicamente, nos habíamos cruzado miles de veces a la salida del instituto Berthelot cuando, con La Carpe, íbamos a buscar a Mario. Nuestro compinche de expediciones explosivas repetía tercero por tercera vez. O en los conciertos o simplemente en el bar Liberté, en la avenida Saint-Michel, delante de un *pinball* y una coca-cola.

En esa época, La Carpe y yo pertenecíamos todavía al grupo autónomo libertario «1871 Vive la Commune» y trabajábamos por la insurrección permanente y antiautoritaria en compañía de los maoístas de Gauche Prolétarienne.* Hijo de rojo, La Carpe también era pelirrojo, como si hubiera querido llevar nuestra bandera en forma de melena; un rojizo caoba con reflejos de rojo sangre. Un día de pelea, en que recibió un golpe por detrás en una trampa de los fascistas, me quedé más fascinado por todo ese rojo que por la profundidad de su herida. Su familia era originaria del pequeño pueblo de Olot, acurrucado en la falda de los Pirineos. Oficialmente, estudiaba segundo en la facultad de Ciencias de Paul-Sabatier, pero no recuerdo haberlo visto ir a clase ni una sola vez.

Era mucho más corpulento que yo (¡aunque eso no era muy difícil!) y llevaba una chupa de piel en invierno y un mono de trabajo negro en verano. Quienes no lo conocían demasiado decían de él que era un tipo callado. Pero podía hablar durante horas y horas agitando sus brazos. Disertaba de política, literatura y de otros temas que realmente no interesaban a nadie salvo quizás a mí. Siempre cautivado por ese raudal de palabras que manaba cual agua en un torrente, esperaba el descenso hasta el estiaje, y el silencio que seguía, que podía durar un día, dos o, a veces, una semana entera.

Esa noche, con La Carpe y por discreción, habíamos salido de la ciudad universitaria del Arsenal saltando la puerta de la esquina de la plaza Saint-Pierre. Subimos por Blanchers y bajamos la estrecha escalera a lo largo del muelle de la Daurade. Bordeamos el río. Su presencia reconfortante calmaba nuestros devaneos de bestias envenenadas. A lo lejos, del lado de la Prairie des

Filtres, el reflejo de la luna pintaba de plata el arqueado lomo de la corriente. En nuestra orilla, reinaba la oscuridad. Solitarias, muy altas, las farolas del Pont-Neuf nos servían de referencia. Pasamos bajo el arco de ladrillos rojos. Nuestros pasos resonaban en la bóveda baja. Antes de salir de esa sombra protectora, La Carpe permaneció largo rato ojeando la calle de la Garonnette, bañada de luz eléctrica. Su mirada se perdía más allá del pequeño túnel bajo el muelle de Tounis.

—¡Lo veo!

Saqué la cabeza y me señaló una silueta delgaducha subida en una moto roja, inmóvil en medio de la calzada. Sus piernas colgaban cada una a un lado del ciclomotor. Llevaba unos tejanos y una cazadora de piel vuelta. La larga cabellera, ligeramente ondulada, caía sobre su pecho. Unas gafas redondas a lo John Lennon remataban su aspecto. «*For those who come to San Francisco be sure to wear some flowers in your hair.*»

—¿Tienes las llaves?

Ni un «hola» o un «buenas noches». La Carpe había sacado su lado tosco de campesino pirenaico. Ratapignade tampoco estaba para muchas formalidades; levantó la moto sobre el caballete y buscó en sus bolsillos.

—Os lo enseñaré.

Y le seguimos por el estrecho pasillo del inmueble.

Su hermana, mayor y más vinculada al agitado ámbito del centro de la ciudad, había aceptado prestarnos su estudio para uno de nuestros pequeños asuntos. Era una chica guapa y morena que frecuentaba el grupo del café Beaux-Arts y sus tertulias hemipléjicas. En la esquina del muelle, ese bar de decoración modernista servía de punto de encuentro para artistas fumetas y un montón de situacionistas* ultraortodoxos, de aquellos que no deseaban mezclarse mucho con nuestras actividades demasiado izquierdistas, demasiado violentas para su gusto y demasiado arriesgadas para sus intelectuales vidas de radicales de sofá. Y es cierto que nosotros éramos «demasiado» en todo.

La noche anterior, ella me había sorprendido al dirigirse directamente hacia nuestra mesa en la terraza del Flo. Como buenos chicos malos, no aceptábamos a las chicas, excepto a Cathy y a Mumu. Seguí sus pasos desde que salió de la entrada principal del Ayuntamiento. Cruzó la plaza del Capitole con paso decidido. Anochecía y la luminosidad gris-azulada dba paso

a la oscuridad sobre el húmedo pavimento. Llevaba un abrigo de piel y sus largos pañuelos colorados flotaban al viento como efluvios de un perfume oriental.

—Hola, ¿puedo sentarme?

Sólo vi sus ojos oscuros resaltados por largos trazos de kohl. En cada dedo llevaba un anillo de plata y largos collares de perlas multicolores en el cuello.

El apartamento de la Garonnette se parecía a su inquilina, tanto en sus excesos como en sus colores malvas y lilas. La pequeña habitación exhalaba aroma de pachuli. Grandes telas indias cubrían las paredes de la cama. Decenas de objetos decorativos y lámparas de luz tamizada por pañuelos multicolores se acumulaban por los rincones.

En la terraza del Flo, nos habló de una novela de ciencia-ficción que estaba escribiendo. Y de cualquier cosa. Confiaba en nosotros. Una amiga le había convencido para que nos ayudara. En nuestro activismo desbocado, teníamos cierta buena reputación; no habíamos enviado a ningún camarada a la cárcel. Ella estaba dispuesta a recorrer una parte del camino con nosotros, pero lo que no sabía es que Michel, su hermano pequeño, acababa de unirse, por largo tiempo, a nuestras «aventuras».

A pesar de los veintiséis años de distancia, le reconozco inmediatamente. Su silueta, al pie de la escalera que baja a la explanada de la estación de Saint-Charles, se parece a la de un estudiante de Berthelot o a la de un preso político en la primera división de la Santé. Un breve saludo y buscamos un bar. En la terraza, Ratapignade se sienta frente a mí. Se instala un pesado silencio. ¿Será la emoción? Cuando se acerca la camarera, pido una cerveza; él también.

—¿Morena o rubia?

—Morena para mí.

—¡Rubia! —espeta sonriendo—. Prefiero las rubias —añade mirando fijamente a la chica, que lleva un bonito maquillaje L'Oréal.

Me sorprende esa salida de ligón de bar.

—¿Y tú, Sebas, morena o rubia?

—En estos momentos, abogo por el romanticismo orientalista; estoy enamorado.

—¿Tú, enamorado? ¡No me hagas reír! (Y se ríe.)

Se impone de nuevo el silencio. Cierta falta de energía modula nuestros reencuentros. En el momento de las escisiones que sacudieron a la organización Action Directe (tras la amnistía de Mitterrand durante el verano de 1981), él llevaba el timón de una de ellas, pomposamente llamada «Congreso del 1.º de agosto». Ese congreso estaba compuesto, básicamente, por ex autónomos. Tras la primera marcha de un autoproclamado «núcleo histórico» (principalmente ex miembros de los NAPAP* y de la coordinación estudiantil de las universidades parisiñas), nuestra débil guerrilla se tambaleaba bajo este nuevo golpe de Trafalgar.³

Empieza, pues, por explicarme cómo ha retomado contacto.

—El mes pasado, una mañana temprano, me disponía a salir hacia el curro y la radio anunció tu encuentro con Besancenot... y tu adhesión al NPA.* Grité en la cocina: «¡Joder, no ha cambiado...!». Y me puse a reír. (Se calla y lleva la jarra hacia sus labios. La cerveza empapa de espuma su bigote.) ¡Ah, esa risa! La había perdido después de los años y no tenía esperanza de volverla a recuperar. Esa tarde, haciendo la ronda por los bares de Toulouse, la recuperaba cada vez que me cruzaba con alguien y comentábamos eso. Me reía interiormente. Y me decía que debías de disfrutar jodiendo a todos esos falsos revolucionarios, esos prejubilados, esos sacristanes de la anarquía y los *apparatchiks* estalinistas...

3 A lo largo de su historia clandestina, entre 1978 y 1987, Action Directe sufrió numerosas escisiones, pero esas dos fueron las más importantes, tanto desde un punto de vista político como de número de militantes. Éstas fueron provocadas, básicamente, por divergencias sobre la apreciación de los espacios políticos creados a la llegada al poder de Mitterrand. Ambas tendencias de AD —que nunca llegaron a entenderse— proyectaban una implantación semilegal, con el objetivo de una acción armada de baja intensidad (de hecho, una reproducción del proyecto de *Autonomie Politique**). Los minoritarios —de los que nosotros formábamos parte— pensaban, al contrario, que entraríamos en una fase de liquidación de toda alternativa revolucionaria en la metrópolis, una exigencia de la burguesía imperialista previa al lanzamiento de una guerra sin miramientos en todo el mundo (bajo la bandera de la segunda Guerra Fría), con el fin de imponer por la fuerza un nuevo modelo de producción: el neoliberalismo y su base, la precariedad. (Ambas tendencias no tienen nada que ver con la «rama lionesa», cuyos miembros que habían adquirido ese traje mediático habían sido apartados de la organización en junio de 1980 y expulsados, definitivamente, en octubre del siguiente año.)

—«Provoco el amor y la revolución. *Yes I am* un inmenso provocador, las palabras y las armas matan igual...» —recito a Ferré, pero él me corta.

—Me dije: «Mañana le llamaré e iré a verle a Marsella...». ¡Y aquí estoy!

Intento exponerle el porqué de mi adhesión al NPA con un análisis de las contradicciones históricas (mi toma de conciencia del cambio de época) y de mi situación individual (la de *semiliberado* vigilado por los jueces antiterroristas), es decir, aquello que podía hacer y lo que no. No para mostrar el camino como un imperativo: «¡Seguidme!»; no, ni mucho menos. La vía revolucionario la constituyen miles de senderos y cruces. Lo esencial es tener claro los objetivos que se persiguen y evitar, siempre, el sectarismo. Hacer, sí, hacer... Pues nunca tuve el espíritu de un ex combatiente, de alguien que se pasea de reunión en reunión sacando pecho con sus medallas militantes. Del mismo modo que tampoco soy capaz de entrar en la comedia actual de los falsos conspiradores... Y, además, estoy convencido de que un comunista debe actuar en un partido, aunque sea un mal partido, como dijo Rosa Luxemburgo...⁴ Enmarca su acción en la dimensión colectiva... En el pasado, la guerrilla (en Europa, el movimiento armado por el comunismo, fuera cual fuera su etiqueta) tenía el papel del partido y de la acción colectiva...

—Para, no me la juegues, por favor, siempre has sido así. Está en tu naturaleza. ¿Te acuerdas de cuando regresamos a Barcelona en 1977 y la CNT* española te propuso un puesto permanente? Necesitaban a «verdaderos» representantes de la lucha contra la dictadura y, en particular, a un «verdadero condenado a muerte». ¿Y qué les respondiste?

—Que me interesaba continuar la lucha armada contra la aniquilación orquestada por el régimen de la Transición... No creía en las mentiras de los falsos golpes de Estado y de las colaboraciones verdaderas... Las guarradas de quienes rechazaban la monarquía y la nueva dictadura burguesa mientras

⁴ Extraído de una carta a Henriette Roland-Holst (agosto de 1911): «El peor de los partidos obreros vale más que la ausencia de partido. Y los tiempos pueden cambiar. Es posible que, en algunos años, un período de agitación y cambio en toda Europa difumine la humareda oportunista. Pero es un plazo de tiempo que no puede esperarse *fuera*, debemos continuar la lucha hasta el final, por muy estéril que pueda parecernos. Tú terminarás muerta para el movimiento político si te quedas al margen. ¡No lo hagas! Tienes obligaciones con la Internacional. Quédate pues en nuestras filas, es nuestro deber, todos somos soldados. Te advierto contra los pasos en falso».

denunciaban a los militantes... Y, además, nunca he luchado para sacar beneficio o hacer carrera.

—¿Te acuerdas del lío? ¿Cuántas veces nos hemos reído de eso! Tú nos recordabas que, pocos años antes, los burócratas del Secretariado Intercontinental* os habían echado a la calle, cuando habíais ido a pedir ayuda tras las detenciones de septiembre de 1973. (Se interrumpe para dar un trago.) Y, pocos meses después, cuando entraste en Autonomie Politique,* con Toni Negri* y compañía, los «pertigueros» de las capillas libertarias de Toulouse te llamaron de todo... ¿Te acuerdas? Te habían bautizado como el «camarada del comité central»... Como un insulto, ¿no?

Alzo los hombros con una sonrisa.

—Según su punto de vista, definirse como «autónomo organizado» tenía semejanzas con un nuevo estalinismo. Siempre con ese jodido sectarismo estúpido. —Y, con un tono decepcionado, añade—: Hoy día esos mismos pregonan que son autónomos y que tú les traicionaste.

Me río.

—Sí, quizá tengas razón, Sebas. Mejor reírse.